

De Lic don Cleto Gonzalez Ng

APUNTES

— 27 —

15 de Junio de 1936

—
Director:

Elías Jiménez Rojas



San José de Costa Rica — Apartado 230

APUNTES

— 27 —

15 DE JUNIO DE 1936

Los excesos del Estatismo ⁽¹⁾ y las responsabilidades de la medicina

(Fragmentos de la versión hecha por Alonso Restrepo de un ensayo sociológico de *George Duhamel* - de la Academia Francesa).

Ver el original en el No. 8 de *Universidad de Antioquia*, Medellín, Abril de 1936.

El papel del psicólogo no consiste sólo en exponer los hechos, sino también en juzgarlos, es decir, contemplar sus consecuencias y confrontarlos con ciertas imágenes históricas o ideales del hombre. La impasibilidad, regla de laboratorio, carece de sentido cuando se trata de la humanidad, de nuestro sér y de nuestros dominios. Observar y pintar sin valorar, supondría una actitud fatalista contraria a las tradiciones del espíritu occidental.

* * *

La medicina no es exactamente lo que se llama en la actualidad una ciencia, como tampoco un arte tal como se la calificó tanto tiempo: es un conjunto de conocimientos científicos o empíricos cuyo uso precioso

(1) Nosotros traducimos *estatismo* y no "estadismo"; y después, decimos *estatista*, distinto de *estadista*.—e. j. r.

permite al práctico reconocer y distinguir las enfermedades, prever y modificar su evolución.

La adquisición de tales conocimientos exige estudios metódicos; su aplicación en la práctica supone diversas pruebas, la obtención de un diploma, de un control, de una reglamentación y tradiciones corporativas, por todo lo cual la medicina constituye una profesión que parece indispensable para la vida de las sociedades normales.

Pero exceptuando los grandes desórdenes epidémicos, durante los cuales vemos que el Estado posee irremediablemente deberes y responsabilidades, el acto médico es por esencia un acto singular, entendiendo este vocablo en el mismo sentido que tiene al decir "combate singular", o sea un acto de hombre a hombre.

El enfermo, abrumado por la inquietud, por el sufrimiento, por el sentimiento de peligro, exige asistencia. Se dirige, en general, al médico diplomado, al especialista cuyos títulos, experiencia y reputación dan de antemano una especie de garantía. Si conoce a este especialista de antigua fecha y si ha tenido ocasión de verlo trabajando, el enfermo experimenta además un sentimiento de confianza precioso, que será un factor importantísimo en el curso de los sucesos. El médico acomete la partida, hace un diagnóstico, anticipa el pronóstico, instituye el tratamiento. El servicio exigido no puede compararse exactamente con ningún otro. Se me alcanza que no carece de analogía, como se ha dicho mil veces, con el ministerio del sacerdote y acaso

también con el socorro dado por el abogado o por algunos oficiales ministeriales. Pero la analogía no puede llevarse muy lejos. El abogado a quien confiamos el cuidado de defendernos ante la justicia de los hombres, escoge la manera y muchas veces la hora de su intervención. Obra siempre sobre un punto preciso y en circunstancias siempre previstas. Puede, si ama su profesión, aportar un gran celo; a pesar de todo, la caridad, que en ningún caso podrá perjudicarlo, es menos preciosa para sí mismo y para sus clientes que las cualidades generales de inteligencia y de elocuencia, que la habilidad jurídica y que el conocimiento del mundo y de las personalidades.

Con mayor acierto, acaso, podría compararse la misión del sacerdote con la del médico. Admiro como el que más, el ejercicio perfecto de las virtudes sacerdotales: atañen al alma cuyas necesidades y cuyos derechos son infinitos. Pero debo observar, sin embargo, que la noción de urgencia apenas se liga a la inminencia de muerte en el ejercicio del sacerdocio. Cualquiera desorden de la consciencia así fuere de grave, mal o bien aguarda hasta la mañana, y en cambio, un cólico nefrítico trivial nunca da espera.

Una de las miserias del hombre no es otra que la de espantarse siempre, considerablemente, de cualquier infidelidad de su organismo, o de cualquier peligro que lo amenace. A esta miseria otro hombre responde ejerciendo la medicina, profesión noble, grande y triste entre todas....

La mayor parte de los médicos aman su profesión y aceptan las servidumbres que impone.

La mayor parte de los médicos experimentan con más o menos intensidad, con más o menos brusquedad, con más o menos candor o escepticismo, el sentimiento de la caridad, por más que la mayoría afecten, por un pudor bien explicable, evitarlo o desligarse de él.

Las escenas presenciadas, los actos todos de la medicina, el trato frecuente con personas inquietas, deprimidas, irritables, miserables, ingratas, el dolor de los enfermos y de los heridos, sus exigencias, sus caprichos, los peligros de contagio, las responsabilidades jurídicas, materiales, morales de tal profesión, no se verán nunca balanceadas con las ventajas siempre obtenidas a precios altos y a menudo peleadas con crueldad, si no mediase, con el sentimiento de la caridad, la afición por tal oficio, el amor a semejante misión y, debo confesarlo también, el deseo de prestigio, especial, que la medicina confiere todavía, a veces, y a pesar de todo, en la sociedad moderna.

No obstante algunas medidas de orden, no obstante la disciplina adoptada por los enfermos más instruidos, y no por ello menos exigentes, el médico es aún, en la actualidad, un hombre cuya vida personal está absolutamente dominada por la obligación de servir a los demás.

Lo he afirmado y lo repito, a pesar de las complicaciones causadas por la "interpsicología", es decir por la influencia de los familiares del enfermo, el co-

loquio del médico y del paciente es por esencia un coloquio singular, un dúo entre el sér que sufre y aquél de quien se espera la liberación. Entre ambos personajes existe casi siempre un secreto que con acierto se llama el secreto profesional. Por más que la enfermedad sea de todos conocida, confesada, comentada públicamente por la prensa, perdura siempre el secreto entre el médico y el enfermo. Los diarios pueden anunciar que el señor X, ministro en funciones, padece una neumonía; el boletín de enfermedad puede ser salmodiado todas las tardes por los locutores de la telefonía sin hilos, y sin embargo, mil detalles permanecerán en secreto entre el ilustre enfermo y el médico tratante. Y ello sin parar mientes en los detalles físicos, en el hecho por ejemplo, de que el ministro tenga un lipoma o una cicatriz de úlcera varicosa. No pienso en los mil descubrimientos hechos por el médico en el orden moral y que le han revelado por ejemplo que el enfermo es pusilánime o supersticioso, que teme a su mujer, que vive fastidiado con su hijo mayor, que hace política anticlerical, mientras recibe clandestinamente las visitas de un sacerdote. En fin la porción de detalles íntimos que un médico advierte siempre, que un médico debe advertir para comprenderlo todo y para mejor salvar todo lo que pueda.

La existencia de tal secreto, de semejante intimidad, supone una inclinación natural que puede clasificarse entre las afinidades electivas. El enfermo prefiere siempre elegir su médico y esta cuestión de

“libre elección” tiene un sitio de honor en la historia médica de los treinta últimos años. Y resulta muy natural que el hombre, afectado por desórdenes orgánicos, tenga la posibilidad de elegir la persona con quien le será forzoso confesarse, y ante quien de buena o de mala gana, tendrá que mostrarse más o menos desnudo, débil, desgraciado, miserable y hasta ridículo.

La elección del médico no pertenece únicamente a los enfermos ricos que viven en las grandes ciudades y que gozan de absoluta libertad para satisfacer sus caprichos.

Pacientes humildes de aldea prefieren a menudo, a costa de pequeños sacrificios, hacer venir el médico del pueblo vecino y que es para ellos su verdadero confidente, su amigo, su elegido.

Los pobres que frecuentan el hospital llegan a menudo, gracias a ciertos cálculos, ha hacerse admitir en el servicio de su elección para que allí los trate el hombre de ciencia a quien admiran y de quien persiguen los cuidados.

Esta predilección, así como todas las inclinaciones electivas, supone además caprichos, celos, pequeñas y grandes infidelidades, traiciones, crisis de ternura y accesos de odio. Al través de las molestias, de las decepciones, de los peligros y de las alegrías de esta profesión difícil y magnífica, el verdadero médico camina con prudencia y con paciencia. Se esfuerza siempre en contestar correctamente a las mil preguntas que cada día le formulan su propia consciencia y los des-

graciados cuya carga de desventuras acepta en sus espaldas.

* * *

Las relaciones entre el médico y el enfermo suponen, en su origen, una especie de contrato moral en el cual el paciente aceptó los riesgos. El acto médico nunca puede compararse con el del arquitecto, o con el del mecánico, por ejemplo. El cirujano más cuidadoso, más seguro de su técnica, nunca sabe con certidumbre perfecta, al intervenir, cómo van a presentarse los sucesos y cómo tendrá de evolucionar el caso. Si no está automatizado en su consciencia y en sus actos, pensará siempre, al ordenar la administración de la primera gota de anestésico, en la posibilidad inmediata de un accidente fatal.

Al seccionar un órgano o al abrir una cavidad natural, espera siempre una sorpresa.

El médico que inyecta una vacuna, o que administra una dosis normal de un medicamento benigno, nunca estará absolutamente seguro de tropezar con un caso de intolerancia completa y de que el acto terapéutico, indicado, preciso, habrá de producir un drama.

Y ello porque su sujeto es un ser vivo y porque toda intervención médica o quirúrgica impone una aplicación y una experimentación.

Y en ésta, en la experimentación, la casualidad se reserva siempre su parte. Conviene no olvidarlo.

* * *

Surge ahora el problema que ha de imponerse en

cada página de nuestro ensayo y que atañe a las medidas protectoras imaginadas por los ciudadanos o por el legislador.

Hemos visto en este último medio siglo, desarrollarse de un lado las agrupaciones, libres, del movimiento mutualista, derivado del mutualismo de Proudhon, y del otro, cumplirse grandes reformas sociales entre las cuales precisa distinguir la ley sobre accidentes de trabajo y la ley sobre seguros sociales que interesan ambas a la profesión médica.

Para un espíritu justo y caritativo, nada resulta tan emocionante como este esfuerzo, cumplido en tan poco tiempo, por las agrupaciones privadas y por los colegios deliberantes, tratando de asegurar la protección justa del mutilado, del herido, del enfermo y de sus familiares.

Las dos grandes leyes que acabo de citar, en primera línea, se esfuerzan en paliar ciertos infortunios ante los cuales la caridad privada se cruzaría de brazos avergonzada e impotente. Que un obrero mutilado, arrojado a la calle sin pensión, mendigue a la puerta misma del taller a cuyo servicio quedó inválido; que un viejo empleado, escasamente remunerado, no pueda, cuando la enfermedad lo asalte, pagar los cuidados y las drogas, ni más tarde envejecer con dignidad y con modesta holgura, son imágenes que ofenden el espíritu y fomentan odios irremediables.

Nadie piensa criticar iniciativas ni reformas que parecían, en su origen, susceptibles de mejorar la suer-

te del ciudadano y, por ejemplo, hacerlo aprovechar, con mayor normalidad, de los beneficios de una medicina mejor reglamentada, mejor aplicada.

Ahora bien, con la ley de los accidentes de trabajo, apareció de repente en el escenario médico un personaje nuevo que en la jerga de los especialistas se denomina "el tercero que paga", y que es como las palabras lo indican, una persona extraña a la pareja formada por el enfermo y el médico, individuo extraño cuyo papel consiste en intervenir en la apreciación y en el pago de los honorarios.

A primera vista parece que la intrusión de esta tercera persona sea de tal naturaleza que purifique las relaciones del enfermo con el médico y viceversa, y que facilite las cuestiones de dinero.

Ello apenas resulta una apariencia.

El acto médico es muy difícilmente apreciable.

Si lo fuere, será por acuerdo directo entre quien da y quien recibe los servicios.

Ahí, por grande que sea, todavía, la amargura de los conflictos, y por frecuentes que fueren las pruebas de ingratitud, el coloquio singular del enfermo y del médico se encuentra peligrosamente comprometido, roto por completo, con la introducción de esa tercera persona, constituida en la mayoría de los casos por una compañía de seguros, cuyos agentes, que no tuvieron parte alguna en los sufrimientos del enfermo, ni en las fatigas del médico, se esfuerzan en apreciar, en imponer una tarifa a "grandezas" de orden "intensivo",

que diría Bergson, y en aplicarles las reglas de un sistema forzosa y puramente "extensivo".

Desde la aparición del tercero que paga, se ha visto organizarse toda una industria bastarda. Y la llamo así porque aplica métodos aritméticos a fenómenos inmensurables; toda una industria hecha de artimañas, juglarismos y componendas.

De tamaña prueba la medicina, a pesar de su resistencia, ha salido perdiendo.

No entiendo cómo algunos médicos decepcionados con las aventuras y las dificultades de la clientela, se han plegado y luego se han acostumbrado a las servidumbres del funcionarismo.

A fuerza de sinuosidades encontraron al fin retribución suficiente y por otra parte sintieron sin duda el alivio de escapar a la responsabilidad profesional, esfumándose en la penumbra y en el anonimato que constituyen las condiciones ordinarias del funcionarismo.

Las exigencias y las intervenciones del "tercero que paga" han comprometido la intimidad del enfermo con el médico; introdujeron en el universo del sufrimiento y de la caridad una multitud de consideraciones matemáticas ineficaces y perturbadoras, abrieron ampliamente las puertas a los métodos y a los artificios del procedimiento, complicaron las tareas burocráticas del médico práctico, hirieron la profesión en su dignidad acusando y exagerando las analogías que pudieran presentar —y que presenta toda profesión—

con el simple comercio, cuyo objeto no es ciertamente la vida y el dolor de los hombres.

Maravilla que a pesar de todo las relaciones entre el enfermo y el médico no hayan sido definitiva y completamente estropeadas por semejante innovación.

Y por ello se comprende que a raíz de las discusiones suscitadas por los seguros sociales, el cuerpo médico francés, con una reacción defensiva, unánime y obstinada de resistencia, hubiese rehusado una nueva intromisión del "tercero que paga".

La razón de resistencia tal, es preciso buscarla, no ya en el interés material, que sí en el amor de los médicos por una profesión que arriesgaba mucho sucumbir a nuevos asaltos.

* * *

Al lado del acto médico singular, al lado de la medicina individual y esencial que dijéramos, no cesa de desarrollarse la higiene social, ciencia también médica.

Llamo Higiene Social la rama de las ciencias médicas que atañe a las medidas generales aplicadas a fracciones más o menos considerables de la sociedad por los organismos del Estado.

Esta función ha tomado importancia tanta en los últimos años, que ha necesitado la creación de un ministerio.

Las atribuciones del Estado en punto a la higiene pública resultan indiscutibles.

No es dudoso que los grandes Estados modernos,

hayan hecho esfuerzos ordenados, eficaces, rigurosos, para cumplir tales funciones.

Sólo que cabe temer que las prácticas de Higiene, en ciertas sociedades civilizadas, disciplinadas, pero desprovistas de sentido crítico, puedan adquirir un carácter supersticioso y por consiguiente tiránico.

Los médicos, ordinariamente inspiradores de tales medidas, son igualmente los ejecutores.

Bajo la presión de una opinión inquieta, agitada por la prensa, atormentada por el anhelo de seguridad, bajo la dirección de espíritus instruidos, muchas veces dogmáticos, se acomete y se prosigue en todos los países influidos por la civilización occidental la organización de la higiene social.

Buen número de métodos profilácticos han adquirido carácter legal y obligatorio en Francia, como las vacunaciones, para citar apenas un ejemplo.

Algunas medidas de desinfección y de control han sido aplicadas también por el Estado.

La declaración obligatoria de las enfermedades contagiosas ha sido impuesta en numerosos países.

Pueden desde luego preverse futuras disposiciones con respecto al matrimonio y a la procreación.

Nada de esta reglamentación, demasiado complicada, resiste una crítica severa.

* * *

No me atrevo a imaginar la situación moral del cirujano alemán que recibe un lote de individuos con la orden pura y simple de esterilizarlos.

El cirujano se convierte para mí en el hermano menor del verdugo.

Y lo repito, las responsabilidades de la medicina son grandes en cuanto atañe a la elaboración y a la aplicación de las leyes de Higiene Pública.

Los espíritus demasiado doctrinarios de un lado, y los espíritus desde luego sumisos, del otro, pueden aquí comprometer el equilibrio social atacando los derechos individuales.

Es preciso que los médicos muestren una reserva extrema, cuando son consultados por legisladores para la elaboración de nuevas leyes.

* * *

No es posible imaginar desde ahora todas las transformaciones que el Estatismo puede imponer a la medicina.

La mayor parte de dichas transformaciones, que tienen ciertamente por objetivo el bien social, arriesgan a volverse contra aquellos que ellas mismas pretenden proteger.

Porque todo aquello que lesiona al médico en su libertad, en su criterio y en su prestigio, perjudica al enfermo al fin de cuentas.

Hablé ya del secreto profesional, y precisa insistir. Es posible que algunos doctrinarios le den poca importancia; se equivocan y se exponen a verse desautorizados por la experiencia.

Todos los prácticos saben con qué celoso cuidado

se exige el secreto por las familias tanto del pueblo como de la burguesía.

Para obtener el silencio, la falsificación de un diagnóstico, los enfermos y sus familiares descubren razones o pretextos cuya sutileza, terquedad y prudencia dejan maravillado al psicólogo.

Y sabemos, además, que este secreto tan precioso, garante de la paz del enfermo y del médico mismo, está amenazado, no sólo por la intervención de la justicia, de las leyes, de los terceros, por las prescripciones de higiene general, sino por las investigaciones de una fiscalización intemperante.

La libre elección parece gravemente amenazada en las futuras reformas estatuales.

El público fustigado por motivos económicos, por la urgencia, por mil necesidades frías y egoístas, acepta y con frecuencia reclama las reformas, sin calcular y sin meditar siquiera en los perjuicios que ellas mismas causarán a sus prerrogativas más naturales.

Conocemos bien a todos aquellos empleados, agentes o funcionarios que tienen derecho por contrato a servicios médicos, que aprecian y conocen.

Cabe imaginar que si la selección del médico atañe a un grupo determinado, resultará una de aquellas maniobras electorales de las cuales nos ofrece la política ejemplos tan inquietantes.

Si el nombramiento del médico funcionario, depende de la compañía, es decir, de un pequeño consejo directivo, o de sólo el gerente, derivamos hacia el fa-

voritismo puro y a sus consecuencias evidentes: desprecio de méritos personales, desprecio de las aspiraciones y aun de las necesidades públicas, insultos al buen sentido de la justicia, descontento general.

Persiguiendo otras soluciones, pudiera creerse que la elección de médicos para el desempeño de los puestos, debiera hacerse por concursos. Ahora bien, si el favoritismo franco es odioso, si el método electoral es ciego y aleatorio, el reclutamiento por concurso, que a primera vista parece razonable, ha sido ya juzgado por la experiencia.

La Medicina Moderna se resiente considerablemente de los Concursos. Y todo se ha dicho sobre la cuestión, sobre las deformaciones que los concursos infringen al espíritu, sobre el carácter aventurado de sus resultados, sobre los fraudes y los escándalos que ocasionan a menudo, sobre el derroche de tiempo, de esfuerzo, de talento y de voluntad que exigen.

Hase demostrado que el método o era ciego, caprichoso, brutal, o que dejaba la puerta abierta al favoritismo, a esta estrategia especial que lleva consigo la amargura y hasta el envilecimiento de los candidatos.

Suscribo a cuanto se diga en descrédito de los concursos, haciendo observar, sin embargo, que instituidos los puestos y siendo preciso nombrar a quienes deban ocuparlos, es indispensable adoptar un método que permita hacer los nombramientos.

El sistema de los concursos tiene necesidad de modificaciones. Supongo que a nadie ha dejado contento,

y dadas las condiciones actuales existe el peligro de multiplicarlos.

Ahora bien, el desarrollo normal del estatismo que tiende a convertir al médico en un mero funcionario, hace presumir que ese mismo estatismo generalizará ese sistema, funesto para una profesión cuyos atributos principales no son otros que la confianza, la simpatía y la elección libre.

El funcionarismo determina en los dominios que invade un temible papeleo.

Con las intervenciones judiciales, las grandes leyes llamadas de "protección social", las ordenanzas de higiene pública, etc., la tarea burocrática del médico se ha vuelto muy pesada.

Y todo obliga a creer que va a recargarse ahora todavía más, en que una buena parte del tiempo que el práctico consagraba a su obra humanitaria, será absorbida por la redacción de informes, de certificados, de notas, de relaciones, etc. y por el arreglo de fichas, de estadísticas, etc.

Se sabe por experiencia que los funcionarios recargados de papel, echan sobre el público todo lo que pueden soltar de su fardo, y será, en lo sucesivo, el mismo público quien tendrá que redactar una gran parte de los papeles exigidos por el servicio de los puestos, por el fisco y por otras oficinas administrativas.

Y el médico deberá conservar para sí, necesariamente, la mayor parte de tan triste pénsun, y en

cuanto pueda pasará también una parte al público como lo estamos viendo ya en los seguros sociales.

Se trata, y se tratará de un papeleo, cada vez más complicado, difícilmente inteligible aun para personas de cultura media.

Y se adivina lo que llegará a ser ante los ojos de las gentes sencillas, abrumadas de fatiga y de cuidados, y desde luego descorazonadas por el aspecto de los cuestionarios, de los esqueletos atiborrados de términos técnicos...

Tales consideraciones no pueden desdeñarse al observar la marcha y los progresos del Estatismo en Medicina.

* * *

En un artículo titulado "límites del espíritu sindical" demostré cómo los escritores y los artistas estaban en capacidad de formar asociaciones profesionales destinadas a la defensa de ciertos derechos, y, por ejemplo, a la percepción y a la repartición de algunos honorarios, y a la vez que era imposible someter tales agrupaciones a la misma disciplina de los sindicatos obreros.

Porque existe para un escritor, para un artista, por fuera y por encima de todos los intereses particulares, un interés supremo: el de las letras y el del arte.

Por fuerte y por generoso que fuere para un escritor, el sentimiento de la solidaridad, considero que desfallece cuando entra en juego lo que debe llamarse con absoluto acierto, el interés del arte literario.

Sé que cada escritor se forja de su arte y de semejante interés, una representación personal, tal como cada fiel de una religión se hace una representación personal de su dios, sin que ello disminuya un ápice la potencia global de una idea teísta.

Un escritor, buen colega, cortés, humano y hasta caritativo, puede rehusar enérgicamente todo vínculo de solidaridad con otro escritor cuya actividad le resulte nefasta y fraudulenta.

Y de la misma manera, cuando hablo de un interés superior que sería, y que lo es, el interés de la Medicina, no considero ni a los médicos, ni a la corporación, sino al tesoro de conocimientos que, aislados y en conjunto, no cesan de aumentar a través de los siglos y cuyo interés desborda, conteniéndolos, todos los intereses individuales, corporativos y públicos.

Pues bien: el interés supremo de la medicina, dominador de todos, y que a la vez regula los demás, no consiente la aplicación de un catecismo de solidaridad comparable al que gobierna las agrupaciones obreras, por ejemplo.

La marcha de la industria moderna, con su imprudente dogmatismo de racionalización, de tailorización, de trabajo en serie, han hecho todo lo posible por debilitar en el espíritu de los trabajadores, el culto, el respeto y el amor hacia una abstracción permanente.

Se caerá en el ridículo si se invoca hoy el interés superior de la plomería, de la carpintería, y ello es una desgracia para la humanidad contemporánea.

La Medicina se cuenta en la primera línea de las profesiones que deben oponerse al descenso, al aniquilamiento del ideal espiritual que constituye su resorte principal.

Los sindicatos médicos luchan cuanto está a su alcance para contrarrestar las presiones de las colectividades administrativas, y en resumen luchan contra los asaltos y los excesos del estatismo.

Tarea verdaderamente aplastante.

* * *

Al considerar los progresos y el éxito del estatismo, el espíritu científico investiga la causa de fenómeno tan notable.

La Historia demuestra que en el origen de las transformaciones o de las revoluciones de las ideas se encuentra un hombre: Lavoisier, Darwin, Pasteur, Berthelot.

Y razonando por analogía, el espíritu científico se pregunta a qué genio singular debe la humanidad la nueva efervescencia del presente.

Antes de contestar este interrogante relataré una breve historia.

Tuve ocasión de asistir al desarrollo de una poderosa sociedad de acaparación, o mejor de un trust para usar la jerga de los especialistas.

He pensado largamente que un fenómeno de tanta amplitud suponía un pensamiento profundo, orgánico, perseverante, y, por consiguiente, un espíritu director.

Aprovechando la ocasión de tropezar con uno de los comparsas de la sociedad, hube de plantearle una serie de preguntas que pueden resumirse así: ¿a quién debe atribuirse la concepción de un programa tan vasto y tan profundo?

¿Es preciso buscar a su animador entre los maestros oficiales del negocio?

¿Será, al contrario, uno de los subalternos casi desconocidos que "hacen" la política de su causa como tantos secretarios ignorados hacen durante lustros, la política extranjera de una nación?

Ante la perplejidad de mi interlocutor abordé la última pregunta:

¿Será, en fin, posible que un pensamiento tan extenso no haya sido en realidad engendrado por nadie?

Ahí sonrió mi interlocutor confesándome que ciertamente el desarrollo extraordinario del trust no había sido premeditado por nadie, y todavía más, que semejante desarrollo desmesurado, casi anormal, espantaba ya a los administradores del negocio, quienes no osando ni estimularlo ni detenerlo, se contentaban con presenciándolo midiendo su impotencia ante los hechos y sus consecuencias.

Los filósofos del Estatismo, llámense Saint-Simon o Hegel, sea cual fuere su genio, no bastan para explicar los sucesos actuales.

El Estatismo, desde el principio del siglo XX, es un fenómeno pánico.

Sus teorizantes mismos no llegan a ser los amos del

fenómeno y se dedican a comentarlo, a interpretarlo, a explotarlo, más bien que a dirigirlo, o siquiera a conducirlo.

La doctrina estatista es demasiado confusa y maleable para incorporarla, siquiera, a los programas de una multitud de facciones políticas que se le oponen en todos los campos, excepción hecha del milagro estatista en que el príncipe de Bismarck y sus colaboradores, los economistas de la Cámara, de un lado, y del otro los discípulos de Carlos Marx, pudieron, combatiéndose, colaborar al éxito del Estatismo más franco que se tenga registrado.

Todo parece, en la época contemporánea, que conspira contra los últimos privilegios individuales en provecho del Estado-monstruo.

El Estatismo, debido a su polimorfismo, no tiene la fuerza absoluta del fenómeno religioso, pero orienta a la manera de opinión recalcitrante, todas las tendencias de las multitudes y todos los actos de los demagogos.

El individuo mismo, asustado de todas las cargas que lo amenazan y que ya lo agobian, se vuelve hacia el Estado con la esperanza falaz de librarse, sobre tan mala persona irresponsable, de ciertas responsabilidades que constituyen la esencia misma de la soberanía individual.

* * *

Estas consideraciones generales, no nos apartan de

nuestro objeto, de las responsabilidades de la medicina en la evolución del fenómeno estatista.

Aparece que el cuerpo médico obra sobre todo como una fuerza en ningún caso propagadora, sino más bien frenadora del empuje del Estatismo, y no por ello es menos grande su responsabilidad.

Si la Medicina, "dejara hacer", si permaneciese pasiva, merecería, seguramente, toda suerte de reproches.

Lo ha dicho admirablemente Marco Aurelio:

"A menudo se es tan injusto cruzándose de brazos como cumpliendo ciertos actos".

La Medicina no ha faltado, vuelvo a repetirlo, a su deber, que era y que será indefinidamente oponerse a ciertas fuerzas.

Y es preciso hacer notar que las victorias del Cuerpo Médico, en tan difícil terreno, se han obtenido sin que la Corporación haya hecho nunca uso de las armas que aseguran la potencia de las agrupaciones sindicales.

Nunca la idea de la huelga ha preocupado seriamente a los médicos.

Y prescindiendo de la huelga, los médicos han demostrado que su profesión ni podía, ni debía compararse con otra alguna.

Los espíritus escépticos, cuando nó decepcionados, admitiendo el carácter pánico del fenómeno estatista, piensan que es en vano oponerse a las fuerzas natura-

les y que, por ejemplo, nunca se detiene el curso de los ríos.

Tales espíritus olvidan sin duda que el hombre debe su situación extraordinaria entre los seres vivientes, precisamente al uso que ha sabido hacer de algunas fuerzas naturales, captándolas, encadenándolas, obligándolas a servirle.

Los ríos no pueden detenerse ciertamente, pero se puede hacer algo mejor, regular su curso, construir represas, canales, esclusas, malecones, diques y puentes.

Y así la fuerza natural que parecía una fuente de peligros innumerables se convierte en un instrumento poderoso y en una mina de ventajas.

Y en la naturaleza y en el destino del hombre reside justa y precisamente su amplitud de dominio sobre los fenómenos, de los cuales todo debía temerlo en principio.

Refutada la objeción de los escépticos, quedan los convencidos, es decir, los partidarios del Estatismo, que no son pocos en el cuerpo médico.

Unos aceptan y hasta reclaman las soluciones estadísticas por fidelidad doctrinal, por disciplina política; otros persiguen los refugios del funcionarismo por timidez, por fatiga, por amor a la seguridad, por gusto de "lo fijo", y muchas veces, como lo tengo dicho, por escapar a ciertas obligaciones profesionales que repugnan a sus disposiciones innatas.

He tropezado también con espíritus distinguidos y cultivados que comparando la sociedad futura a cier-

tas sociedades de insectos (de las cuales el individualismo ha sido desterrado definitivamente, y que no obstante parecen muy vivaces y prósperas), aceptan de antemano los efectos finales para el hombre de una estadización completa.

Creo muy imprudente tal miraje y sobre todo muy indigno del hombre.

Enseña, inclina a soltar la presa por perseguir su sombra.

Nada sabemos de una sociedad humana perfectamente *estadizada*.

Podemos soñarlo todo, temerlo todo, según nuestro estado anímico, pero carecemos de los materiales de una experiencia histórica.

Y en cambio estamos casi perfectamente documentados sobre el individuo.

Y digo casi para mostrar que a pesar de la magnificencia del pasado, tengo todavía una confianza infinita en el porvenir tratándose del individuo.

Las virtudes que distinguen al hombre, y que hasta el momento presente de la historia, han culminado en su preeminencia, son esencialmente virtudes individuales.

Todo lo grande que hay en el mundo humano, es obra del individuo, o por lo menos se debe a concepciones individuales.

La historia de las agrupaciones resulta desesperante, inhumana.

Mientras que el hombre-individuo se ha mostrado

a través de los siglos, capaz de santidad, de dominio, de abnegación, el hombre-colectividad, ahora apenas en sus tanteos, ha demostrado sólo las actuaciones y las reacciones de la animalidad.

El ejercicio de la medicina reposa sobre una ideología moral que se llama, en grueso, la consciencia.

Y la consciencia es individual.

Y las colectividades administrativas no conocen nada comparable a esta consciencia individual.

Abdicar del individualismo en este instante del mundo, sería para un espíritu lúcido, acto de dimisión y con mayor exactitud un suicidio.

Y porque la medicina tiene como misión asistir al hombre en los actos esenciales de la vida, en los actos en que, a pesar de todo, el hombre es solitario y forzosamente individual, como en el nacimiento, el dolor y la muerte, la medicina debe permanecer como uno de los fuertes reductos del individualismo amenazado.

La medicina ha hecho al Estado las concesiones que le aconseja la prudencia.

Deja al Estado los cuidados de la organización con la colaboración de especialistas, de dispensar la enseñanza, de conferir los diplomas, de controlar el ejercicio.

Debe retirarle, como todos lo deseamos, en todo o en parte, al poder judicial lo que atañe a los miembros de la corporación y a las cuestiones puramente médicas.

Ella le concede la aplicación de las medidas de Hi-

giene pública, reservándose el inspirarlas y el modificarlas en la medida de los progresos de la ciencia.

La medicina contribuye a la aplicación de las leyes reclamadas por la marcha de la vida social.

Y se reserva el discutir o el aminorar estas leyes.

Pero que la Medicina no lo olvide: debe conservarse independiente so pena de envilecerse y de perder su eficacia al mismo tiempo que su autoridad.



"Heraldo Industrial" en Costa Rica

Coleccionan y reproducen a Domingo Ramos

La interesante revista "APUNTES", de San José de Costa Rica, fue presentada en esta redacción por uno de los colaboradores, y de allí reprodujimos algo respecto a los choferes.

Esa fue la iniciación de relaciones con su director, quien nos escribe:

"San José de Costa Rica, mayo 4 de 1936.

Señor Director de *El Heraldo Industrial*.

Cali, Colombia

He tenido el gusto de recibir dos ejemplares distintos del semanario que usted dirige. En calidad

de canje, le envió los dos últimos números de mi pequeña publicación APUNTES. Esta publicación se hace con irregularidad de tiempo y se distribuye gratuitamente, de modo que cada edición se agota muy pronto. Ojalá sea de su agrado.

He leído con particular interés las reminiscencias de un seminarista relativas a esta ciudad. Deseo tener juntas todas las partes que se hayan publicado, a fin de reproducirlas aquí, caso de que el autor no se oponga a ello. No sé quien sea este autor, pero debe de tener unos 6 ó 7 años más de edad que yo, que cuento 67.

De Usted muy atento servidor y amigo,

Elías Jiménez Rojas'

* * *

Como lo ha visto el lector, lo anterior se refiere a las crónicas de Domingo Ramos.

Al señor Jiménez le manifestamos que ese seudónimo corresponde al respetable caballero vallecaucano don Manuel Sinisterra, ventajosamente conocido en nuestro periodismo.

En lo de la edad de éste, sí no nos metemos a opinar y dejamos al señor Jiménez con sus cálculos, que juzgamos no del todo alejados de la realidad.

Nota editorial de *Heraldo Industrial*, importante semanario dirigido por don Pedro A. Velasco.

Crónicas de Domingo Ramos

Ligeramente recortadas
Las notas adicionales son nuestras

Viaje a Costa Rica

Reinaba gran intraquilidad en toda la República y particularmente en el Estado Soberano del Cauca, pues se temía que de un momento a otro estallara una revolución que ya se sentía.

Mi padre resolvió partir para el exterior con sus cuatro hijos mayores, temiendo que se repitieran en Cali los luctuosos acontecimientos que aquí tuvieron lugar en 1876.

En aquella época era un acontecimiento un viaje al exterior, y yo me puse feliz cuando supe que íbamos a emprender un viaje, sin saber dónde íbamos.

El 6 de marzo de 1879, emprendimos el viaje a Buenaventura, viaje que en aquella época se hacía en tres días a caballo hasta Córdoba y uno navegando en canoa de Córdoba a Buenaventura.

El viaje era divertidísimo, pues en todo el camino se encontraban recuas de mulas que traían carga del exterior y recuas con carga de exportación o que iban vacías hasta Córdoba a recibir carga.

En Córdoba tenía una casa de comisiones don José María Payán a quien mi padre había anunciado su viaje para que le contratara un buen boga que nos llevara en su canoa a Buenaventura.

Cuando llegámos, ya el amigo Payán nos tenía alojamiento y la comida estaba lista en un rancho vecino, el cual tenía el pomposo nombre de *restaurante*.

Al día siguiente muy temprano nos embarcámos en una canoa muy grande ranchada y manejada por un negro llamado *Cotico*.

Le tengo conseguido el mejor boga que hay en el puerto, le dijo el señor Payán a mi padre, y efectivamente así lo pudimos apreciar en la navegación del río Dagua, que duraba todo el día, y sobre todo a nuestra llegada a Buenaventura.

Para dar idea del tamaño de la canoa, basta saber que tenía dos ranchos; bajo uno de ellos se acomodó mi padre con uno de mis hermanos, en el otro se acomodaron mis otros dos hermanos, y yo preferí situarme en el centro, que quedaba a descubierto, para poder ver el paisaje de las dos riberas del río y la infinidad de canoas que subían y bajaban llevando carga y pasajeros.

Los baúles y maletas iban en los extremos de la canoa, los cuales ocupaban el negro Cotico y su ayudante, que era un negro joven de unos 20 años de edad. Los baúles iban forrados en encerados y así tenían que viajar todos los bultos desde Buenaventura a cualquier lugar del interior para guarecerse de las lluvias. Las personas que ocupaban los ranchos podían ir sentadas o acostadas.

Como en esa región llueve constantemente, cuando llovía, yo me metía debajo de uno de los ranchos.

En las partes correntosas pasaba úno por en medio de enormes piedras. Allí era donde se veía la destreza de los bogas, pues con la palanca que llevaba un regatón de hierro tenían que dar un golpe preciso apoyando la palanca en alguna piedra para poder pasar por en medio de dos piedras.

Viajando ahora en el ferrocarril no se explica úno cómo se podía viajar desde Córdoba en canoa, y hay que saber que antes ese viaje en canoa se hacía desde Cisneros, que se llamaba *Juntas*, porque allí se juntan los ríos Dagua y Pepita.

Después de juntarse los dos ríos y en un trayecto de más de una cuadra se pueden ver las aguas claras del Pepita por un lado y por el otro las sucias del Dagua.

El barón de Humboldt, al hablar de los bogas del río Dagua decía que cada boga era un Dios y cada palanca un milagro.

Nuestro boga Cotico era una maravilla; de pie en la patilla de la proa de la canoa dirigía ésta con destreza y lo mismo hacía su ayudante que iba en la patilla de popa. Esos bogas se conocían todos, casi siempre con apodos, y se saludaban al cruzarse.

—Adiós Cotico !

—Adiós Araña!

—¿Qué tal viaje?

—Güeno y voo?

—Como que llevas blancos? (pasajeros).

—Llevo cinco. Adió!

Esos diálogos eran en todo el camino.

El viaje duraba todo el día y se llegaba a Buenaventura por la tarde.

Noté que cuando nos íbamos acercando a la desembocadura del río Dagua, los bogas que iban muy adelante de nosotros se iban dejando alcanzar y se quedaban atrás.

Al pasar por un rancho, el negro Cotico dijo al dueño del rancho.

—Hé, Pascual, onde mataron esa cantaora?

Yo no sabía qué era la cantaora, pero el ayudante de Cotico me mostró en un árbol cercano al rancho una enorme verrugosa (serpiente) que abunda mucho en estas regiones y la llaman cantaora porque dicen que canta con un canto muy semejante al de una gallina.

Salió la canoa al mar y ya los bogas no se servían de las palancas sino de los canaletes, remando uno al lado derecho y el otro a la izquierda, con mucha habilidad, pues el mar estaba muy picado.

En esa época tenían una casa de comisiones en Buenaventura don Miguel Vicente Mercado (el patrón Mercado), el doctor Miguel Guerrero y don Víctor Sarria, bajo la razón social de Mercado, Guerrero y Sarria.

Ninguna otra canoa nos precedía ni nos seguía y cuando nos íbamos acercando a la población, toda la orilla estaba llena de gente, porque ninguna canoa había entrado al puerto ese día, y fue un acontecimiento nuestra llegada. Entre los que esperaban en

la orilla, estaban los señores Mercado, Guerrero y Sarría, grandes amigos de mi padre y sus agentes en el puerto para el recibo y despacho de carga. La marea estaba alta y cuando saltámos a tierra esos tres amigos nos dijeron:

—Su canoa es la única que ha entrado hoy al puerto. Gracias a que los trae el negro Cótico, no les ha pasado nada.

Para mí fue una diversión ver el mar encrespado y bien picado y llegar a Buenaventura empapado por las olas que pasaban sobre la canoa: ni por un momento pensé que habíamos corrido peligro.

En Buenaventura, en aquella época, las casas eran de embutido o de paredes de caña y todas cubiertas de paja, muy semejantes a los ranchos de Córdoba.

Nos hospedámos en casa del patrón Mercado y comíamos en un restaurant vecino.

Al día siguiente llegó el vapor "Islay" de la Pacific Steam Navigation Co., en el cual debíamos embarcarnos para Panamá.

Esa compañía tenía el monopolio de la navegación de las costas del Pacífico desde Panamá hasta Chile, sin que a ninguna otra compañía se le hubiera ocurrido hacerle la competencia.

Los buques que tocaban en Buenaventura eran malísimos y la comida peor todavía.

Aunque publicaban itinerarios, jamás los cumplían, a pesar de que tenían una buena subvención del Gobierno para traer los correos.

Los tales vapores sólo tocaban en Buenaventura cada 15 días y a veces cada mes.

Un pasaje de Buenaventura a Panamá (36 horas de navegación) valía casi lo mismo que el pasaje de Nueva York a Colón y los pasajeros eran considerados como carga.

La bandera de la compañía tenía las iniciales P. S. N. C. que alguien dijo que significaban "Pícaros sin ninguna consideración".

Otro decía que tales iniciales significaban "Pésima será nuestra comida", a lo cual un empleado de la compañía le dijo: "¡Peor sería no comer!" En todo caso no habiendo otros buques que hicieran el viaje en las costas del Pacífico, había que someterse a todas las incomodidades de los buques de esos pícaros sin ninguna consideración.

Fue para nosotros una verdadera fortuna la llegada del Islay, buque que era muy grande y venía por primera y última vez a Buenaventura, porque fue el único viaje en que tocó en ese puerto. Así, pues, nuestro viaje fue con relativa comodidad, aun cuando la comida sí era como en todos esos buques, de pésima calidad.

El buque fondeaba a alguna distancia de la orilla y para embarcarse había que tomar canoas. Si la marea estaba baja, los bogas cargaban los pasajeros en tantán y atravesaban el barrizal de las orillas hasta colocarlo a uno en la canoa. Igual operación se hacía para desembarcar con baja marea.

Nuestro viaje lo hicimos sin ningún contratiempo hasta Buenaventura. Nos hospedámos en una pensión que tenía una señora Simona Chari, que era muy atenta, culta y simpática.

En esa época los vapores acostumbraban disparar un cañonazo para anunciar su llegada y su salida al anclar y al levantar el ancla.

A mí, como buen muchacho que viajaba por primera vez, me gustaba verlo todo.

Cuando el buque se aproximaba al lugar donde debía anclar, yo me situé en la baranda para ver la ciudad, los buques anclados en la bahía, etc., etc., y estaba completamente distraído:

Sobre la cubierta y justamente sobre el sitio que yo ocupaba estaba el cañón.

Al soltar anclas el buque, dispararon el cañón sobre mi cabeza y ya pueden suponerse mi susto con ese disparo inesperado a cuyo ruido se agregó el del ancla al caer al mar.

En Panamá encontramos al Padre Felipe González que era amigo de mi padre y de mis dos hermanos mayores, porque dicho sacerdote fue profesor del Seminario de Popayán hasta el año de 1876 en que fueron desterrados el superior y profesores del Seminario. El padre González era el Capellán de las Hermanas de la Caridad.

Le informó a mi padre que en San José de Costa Rica había un magnífico seminario y que en él estaban tres de los antiguos profesores de Popayán: el padre

Malezieux (que era el rector) y los padres Augusto Saguet y Federico Gamarra. Así pues, mi padre resolvió llevarnos a Costa Rica.

Tuvimos que permanecer en Panamá varios días en espera de algún vapor que fuera a Puntarenas.

Estábamos en cuaresma y el ilustrísimo señor obispo de Panamá, doctor Telésforo Paúl, iba a predicar en la catedral, noticia que nos dio la señora Chari.

En Panamá, si no todas, la mayor parte de las bancas de las iglesias tienen sus dueños, y si éstos no van a alguna función religiosa, nadie ocupa esas bancas, por lo cual la señora Chari nos dijo:

En la catedral está la banca de la familia N. que está de luto y no irá al sermón. Ustedes pueden ocuparla, pues yo le mandaré a avisar a la familia, y por la noche envió un paje para que nos indicara cuál era la banca que podíamos ocupar.

En una de las noches que pasámos en Panamá, como a eso de las 7 p. m., se formó en la calle un barullo infernal, todo el mundo corría, cerraban las puertas que daban a la calle y gritaban:

—Revolución! Revolución!

Después volvió la calma y no pasó nada; era una falsa alarma, pero se nos informó que eso era muy frecuente allí, donde los gamonales de entonces, entre los cuales recuerdo los nombres de un señor Correoso y un señor Gónima tumbaban presidentes a sombrerozcos y colocaban otro que el día menos pensado corría la misma suerte. Esos eran los presidentes de lo que enton-

ces se llamaba Estados Soberanos, pero en Panamá era donde se habían especializado para hacer esa clase de revoluciones, generalmente sin que sonara un solo tiro.

Al fin llegó el vapor "Costa Rica" en el cual nos embarcámos.

Iban pocos pasajeros, entre ellos el Conde Patricio, notable prestidigitador, un yankee de apellido Trece que no hablaba nada de español y tenía como compañero, con el cual conversaba y fumaba en una misma pipa, pasándosela por turno, a uno de los empleados de a bordo, en sus ratos desocupados, y dos españoles. Iba también un francés que tampoco hablaba español, pero nos entablaba conversación en francés y nos preguntaba cómo se llamaban las cosas.

En Puntarenas

En Puntarenas había un pequeño muelle, pero no para que atracaran los buques, pues éstos anclaban a alguna distancia. Iba, como en todos los puertos, la capitanía a recibir el buque y la sanidad a pasar vista.

Mientras tanto, todos los botes que estaban listos para ir a traer pasajeros y equipajes permanecían en la orilla. A una señal que les daban del muelle, todos partían al mismo tiempo hacia el buque y atropellándose por llegar primero a bordo. Uno de esos botes chocó con otro y se volcó; nadie hizo caso de los naufragos y éstos después de mucho trabajo lograron enjerezar el bote y subirse a él empapados, para regre-

sar a tierra, pues en este estado no podían subir al buque.

En el viaje me hice amigo de uno de los marineros que hablaba español; era joven y muy simpático. Cuando supo que yo iba para San José, me dijo: Yo soy josefino, me llamo N. Bolandi; le voy a suplicar me lleve una carta para mi familia, y la víspera de la llegada a Puntarenas me dio la carta, la cual hice entregar por conducto de un amigo del cual hablaré después.

Como sucede en todos los puertos, los que iban por pasajeros y equipajes formaron un barullo infernal a bordo disputándose los pasajeros.

Había mucha gente, sobre todo en la cantina del hotel.

Allí se encontró mi padre con un señor Adolfo Calderón, el cual le dijo: No se preocupe por nada, yo le consigo carreta para que le lleven el equipaje a San José y mulas para usted y sus hijos. A poco rato se presentó un señor Carmona que tenía bestias de alquiler y no sólo dio las que nosotros íbamos a ocupar sino que le dio otra mula a Mister Trece y también a los dos españoles.

En la cantina se expendían muchos licores, cerveza helada, frescos de frutas y un salpicón muy provocativo, porque el calor era insoportable. A mí me provocaba mucho tomarme un saipicón, pero tanto el señor Calderón como mi padre (que probablemente me conocieron la gana) me dijeron que no fuera a tomar

ninguna bebida helada, en momentos en que uno de los concurrentes a la cantina (tal vez conociéndome también la gana) me ofrecía un salpicón.

Ya casi al tiempo de salir de Puntarenas me acerqué al mostrador aprovechando que ni el señor Calderón ni mi padre ni mis hermanos estaban en la cantina y me tomé un salpicón. Inmediatamente sentí que me cayó mal. Me dió un escalofrío en todo el cuerpo, pero nada dije.

Emprendemos la marcha

Ya estaban las mulas listas, pero ;qué aparejos aquellos! Las mulas no tenían frenos y los aparejos parecían de gitanos. Salió la caravana.

Eramos 10 por todos; mi padre y sus cuatro hijos, los dos españoles, Mr. Trece, el señor Carmona y un peón y el señor Calderón, que nos acompañó en un corto trayecto.

El desfile era imponente y grotesco a la vez.

Allá no acostumbran montar con zamarros, polainas, ni ruana, pero como nosotros llevábamos ruanas nos las pusimos y les llamó mucho la atención esa indumentaria.

Con el calor del camino se me compuso el cuerpo, pero como las mulas eran de trote, me empezó a dar una especie de *dolor de caballo* y el peón me ofreció que cambiáramos, pues iba en un caballo de paso, largo y suave. Me puse feliz, pero como no podía ir al paso de la caravana, siempre me adelantaba y tenía que esperarla cuando ya les llevaba mucha ventaja.

Habíamos caminado tres o cuatro horas sin encontrar donde pedir un vaso de agua. Ibamos muertos de sed.

Al fin llegámos a un punto que se llama La Barranca, donde había una venta. Nos desmontámos y pedímos algo fresco; nos sirvieron una tamarindada que nos pareció exquisita. Todos repetímos.

El místico que nunca había montado a caballo montó con zapatos y se le habían hinchado los pies. Se quitó los zapatos y cuando íbamos a volver a montar, no se los pudo poner; los colgó de la montura y montó en medias.

De allí se despidió el señor Calderón diciéndonos:

—Esta noche pueden dormir en San Mateo, mañana salen temprano para que no les toque subir con sol la cuesta del Aguacate. Después de pasar esa cuesta, encontrarán una casa muy grande; allí llegan a almorzar y deben permanecer hasta por la tarde que seguirán a Alajuela. Allí llegan al Hotel X para comer y pasar la noche. Al día siguiente toman el tren de la mañana para seguir a San José; en la estación los esperaré para llevarlos al hotel. A mi paso dejo todo arreglado, de manera que en la casa nueva, así como en Alajuela, los esperan.

Los dos españoles eran divertidísimos; en cada venta que encontrábamos tomábamos algo y le participábamos al místico. Este parecía azorado porque no le había tocado el turno de pagar algo. Al llegar a una venta se adelantó y atravesó la mula frente a la reja

de la venta. Por señas hizo que nos sirvieran un trago y para pagar se puso sobre el brazo varias monedas desde cinco centavos hasta un dólar. Cuando la ventera tomó del brazo del místico el valor de la tanda, se le conoció el contento. El quería pagar algo y había cumplido su deseo.

En Costa Rica, a todo extranjero, sea de donde sea, exceptuando los de habla española, los llaman *Machos* y a las mujeres *Machas*. Esto lo supimos porque el señor Calderón y el señor Carmona al referirse a místico Trece le decían el *Macho*.

—Esta es la mula para el *Macho*, dijo el señor Carmona.

—El *Macho* debe ir muy cansado y aburrido porque no puede hablar con nosotros, decía el señor Calderón.

Acá a los extranjeros, de cualquier nacionalidad, que sean, les decimos *gringos*.

Continuámos la marcha y como a las 7 de la noche llegámos a una casa en donde había una venta de caña. Pedímos posada y nos la negaron diciendo que como era venta de caña no nos dejarían dormir los carreteros. Cerca de la venta había una planeta sombreada por varios árboles. Los españoles propusieron que acampáramos allí, donde se podía comprar caña para las bestias.

Así se hizo. Nos desmontámos, se desensillaron las bestias y tendimos las ruanas para acostarnos. El místico al bajar de la mula cayó como si le hubiera

caído un rayo y se acostó. A poco rato, la mula que quedó suelta le iba a pasar por encima y él le tiró uno de los zapatos que tenía en la mano.

Comprámos café, y mi hermano Rafael que sí entendía algo de inglés me dijo que le fuera a ofrecer café al místico, diciéndome cómo debía decirle.

Me acerqué al místico que parecía un muerto boca arriba y cuando le pregunté que si quería tomar café me contestó:

—All right!

Le pasé una taza de café con su respectivo acompañamiento y se la tomó, después le ofrecí agua y la aceptó con el consabido all right.

El camino carretero pasaba cerca de donde nosotros estábamos acampados. Era noche de luna y las carretas, que son todas tiradas por bueyes, viajan de noche cuando hay luna y durante el día solamente en las primeras horas de la mañana y por la tarde cuando cae el sol, porque los carreteros cuidan mucho sus bueyes. Cuando están descansando, les dan caña, pero no les dan sino la caña pelada y cortada en cascotes que les van dando con la mano, de manera que la hoja de la caña no la venden ni los bueyes comen tampoco la cáscara.

El ruido que hacía en la carretera el interminable desfile de carretas era insoportable, de manera que muy poco fue lo que pudimos dormir.

Como a las cinco de la mañana resolvimos continuar la marcha; ya todos estábamos listos para mon-

tar y el míster buscaba algo por el suelo. Yo que había visto cuando el míster le tiró el zapato a la mula, les dije qué era lo que buscaba y a poco rato encontramos el zapato que parecía un zapato chino, pues con el sereno se había arqueado. Lo entregamos al míster, quien volvió a montar en medias y continuamos la marcha.

Llegamos tempranísimo a la casa grande que nos había indicado el señor Calderón y nos recostamos hasta que nos sirvieron un espléndido almuerzo. Después de almuerzo hizo un calor infernal y la dueña de casa puso a nuestra disposición una enorme jarra de chicha diciéndonos que podíamos tomar la que quisiéramos y que al acabarse volvería a llenarla.

El míster se había sentado en el corredor de la casa, que daba a la carretera y donde había una cantina bien provista. Entre otras cosas había chicha embotellada en esos frascos cuadrados en que viene la zarzaparrilla de Bristol. Cuando salí al corredor, el míster acababa de tomarse uno de esos frascos de chicha y pidió otro que se lo tomó de un solo tiro también; cada frasco le costaba cinco centavos o *un cinco* como dicen allá. Por señas lo hice pasar a la sala y le hice saber, mostrándole la jarra, que teníamos chicha a discreción; le serví un vaso, se lo tomó y se quedó en la sala. Cada rato se levantaba y se servía otro vaso. Nosotros hacíamos otro tanto y la jarra jamás estaba vacía, porque constantemente salía una muchacha y la llenaba.

Cuando llegó la hora de continuar la marcha y mi padre y los compañeros de viaje preguntaron cuánto se debía, grande fue el asombro cuando la señora nos dijo:

—Ustedes no deben nada, el señor Calderón dejó todo arreglado.

En Alajuela

Llegámos a Alajuela ya de noche y un grupo de muchachos nos seguía, talvez porque les llamó la atención la caravana y sobre todo las ruanas que llevábamos puestas. Entonces el señor Carrasco, uno de los españoles, que no se estaba callado un minuto, nos dijo: vamos a hacer creer que somos una compañía de maromeros y empezó a decir, de manera que los muchachos que nos seguían oyeran:

—Las jaulas de las fieras no van a alcanzar a llegar esta noche.

—Dónde se habrá quedado el payaso, que no viene con nosotros?, etc.

Cuando nos desmontámos en el hotel, había aumentado el séquito de muchachos. El señor Carmona se hizo cargo de las mulas y nosotros fuímos a ver nuestras habitaciones, mientras llamaban a comer.

Los muchachos no desampararon el hotel hasta que lo cerraron, haciéndonos mil preguntas, pues quedaron convencidos de que éramos una compañía de maromeros, y seguramente al día siguiente salieron a encontrar las jaulas de las fieras.

En el hotel tampoco tuvimos que pagar nada, pues ya el señor Calderón había pagado.

Al día siguiente nos fuimos a la estación a esperar la llegada del tren de San José, que a su regreso nos llevaría.

En el tren venía un hermano de míster Trece que era empleado del ferrocarril. Ya se puede suponer la alegría de míster Trece al ver a su hermano y tener con quien hablar. Míster Trece le dijo a su hermano que nos habíamos manejado muy bien y que no le habíamos dejado pagar nada en el camino, y nos presentó a su hermano. Este, que sí hablaba español, se manifestó agradecidísimo.

Continuará

...—

Citas y comentarios del Director

“Lo que los psicólogos llaman *unidad del yo* es consecuencia de la memoria. Es la memoria la que permite comparar unos a otros los estados del cerebro y referirlos a un personaje único: el yo de este instante está ligado por la memoria al yo de hace un minuto, luego al yo de hace dos minutos, etc., y esta serie de estados de consciencia forma la unidad del yo”. (Richet). Por consiguiente, si por una causa se disloca nuestra memoria, también se disloca el yo, produciéndose esta o aquella forma de *despersonalización*, de tan grave diagnóstico siempre en patología.

Y bien, hay una patología de las colectividades como la hay de los individuos. La despersonalización de un pueblo es una grave enfermedad social, y ejemplos de ella nos los dan actualmente España y Francia.

* * *

Los grandes generales franceses no deben su grandeza a la disciplina militar. Valientes y buenos por naturaleza, han sido luégo instruidos en escuelas tan altas como la *Escuela Politécnica de París*. Para llegar a ser a la vez un héroe y un académico del tipo de Foch o de Petain, precisa que concurren dos factores: una herencia privilegiada y una honda cultura, a base de matemáticas, de ciencias físicas y de letras.

* * *

PARIS, 30 de abril. — El Mariscal Petain fue interrogado por *Le Journal*, representado por Jean Martet. Acerca del pacto franco-soviético, el Mariscal declaró: “Creo que el pacto franco-soviético nos ha hecho muy mal servicio. Tendiendo la mano a Moscú, la tendimos al comunismo y condujimos a él a cantidad de buena gente de nuestro país, que hasta entonces, se defendía del marxismo. Permitimos entrar al comunismo en el círculo de las doctrinas confesables. Es muy probable que tengamos que arrepentirnos de ello”.

Acerca de la situación actual, el Mariscal, declaró: “Estoy inquieto por la salud de Francia y por las libertades francesas. En este caso, no es solamente la colectividad la que está en juego, sino cada uno de nosotros en sus derechos; es el burgués, el obrero, el campesino”.

Interrogado después acerca del movimiento de la "Cruz de Fuego", Petain respondió: "A mi opinión, todo lo que es internacional, es nefasto. Todo lo que es nacional, es útil y fecundo. La Cruz de Fuego representa uno de los elementos más sanos del país".

Para terminar, Petain, declaró: "Diga que Francia es menos infeliz que Alemania y menos infeliz que Italia. Sin embargo, ni Alemania ni Italia dudan. Nosotros dudamos. Y es que la crisis no es en nuestro país una crisis material. Perdimos la fe en nuestros destinos, eso es todo. Y contra esto es menester hallar: un misticismo. Llámelo como quiera, mística de la patria o más simplemente del *recuerdo*: fuera de esto no hay salvación. No hemos venido sino después de millones de seres que sufrieron y se torturaron para que seamos lo que somos. Se debe exigir de nosotros que al menos prosigamos su labor'. Y resumiendo su pensamiento en una palabra, el Mariscal puntualizó: "Unión Nacional".

(De "La Prensa Libre")

* * *

Pocas cosas son tan raras como el encontrar una persona simétrica, coherente, bien caracterizada, con una órbita mental bien definida. Entre los partidarios de la libertad económica ha habido siempre grandes enemigos de la libertad de pensamiento; e inversamente, los más desmedidos o desenfrenados libertarios en el mundo moral, son con frecuencia los más antipáticos liberticidas en el orden económico.

* * *

Sigue la crisis mundial y continúa cada observador viéndola con *sus* ojos y sus anteojos, naturalmente.... Los del lado de enfrente repiten su credo, repítamos nosotros el nuestro.

La crisis se la debemos al estatismo o socialismo.

El Estado nos aplasta. Y como nosotros somos el Estado y el Estado no puede morir, quien se suicida es el socialismo. El suicidio del socialismo es un fenómeno que se repite periódicamente a lo largo de la Historia.

Veamos algunas cifras precisas. Tiene la palabra Louis Delanney en la *Revue politique et parlementaire*:

“No hay que extrañarse de ver en qué proporciones verdaderamente impresionantes ha crecido el apetito de los Estados y de las colectividades públicas desde hace unos veinticinco años:

Francia: entradas fiscales totales en 1913: 5141 millones de francos; en 1930: 59763 millones.

Gran Bretaña: entradas fiscales totales en 1913: 215.5 millones de libras; en 1930: 498 millones.

Alemania: entradas fiscales totales en 1913: 4047 millones de reichsmarks; en 1929: 14400 millones.

Italia: entradas fiscales totales en 1913: 2081 millones de liras; en 1929: 15517 millones.

Bélgica: entradas fiscales totales en 1913: 344 millones de francos; en 1929: 8028 millones.

Paralelamente, Holanda, Suecia, Estados Unidos, etc.

“El mal no sería sin embargo muy grande si —co-

mo lo exigen la lógica y la buena administración— el aumento de los recursos públicos no hubiera hecho más que seguir el desarrollo de los recursos privados. Pero esto no ha sido el caso. Ahí donde los recursos privados han progresado, ha sido a un paso muchísimo más lento. En Francia, de cada tres días de trabajo del contribuyente, uno es para pagar el impuesto. La carga fiscal soportada por un habitante fue de 129 francos en 1913 y de 1522 en 1929". Esto sin contar los famosos *seguros sociales* que han venido a llenar la medida.

* * *

El profesor L. de Simone, encargado por la Sociedad de las Naciones de estudiar el desarrollo de la mecanización y sus consecuencias económicas, hizo en la Universidad de Lausana una conferencia de la cual tomo el siguiente pasaje:

—En un ambiente turbio, este viejo continente desespera de sí mismo y busca más allá de sus fronteras indicios y direcciones. Con sutil y voluptuosa complacencia, se permite hacer previsiones negras y catastróficas y pone fe en las fórmulas groseras y superficiales con que se anuncia el ocaso de la civilización occidental y la caída del género humano en la vida salvaje. Para contrarrestar pretensiones tan estúpidas, bastará contar las numerosas veces en que el Occidente se ha sacudido a tiempo, por esfuerzos asiduos y sinceros, reforzando la razón íntima de su pre-

eminencia en el hervor continuo y renovado de las luchas, de los conflictos y de los triunfos.

* * *

La economía dirigida no es una cosa nueva. Cuenta no menos de 6000 años de edad. En régimen de economía dirigida han vivido casi todos los pueblos de Asia y todos los de Europa. Individuos enamorados de su libertad personal, conscientes de los riesgos y responsabilidades que ella implica, los ha habido en todos los tiempos y en todas partes: ellos constituyen las estrellas de la filosofía, de las letras, de las ciencias y de las bellas artes, de todas las latitudes. Pero Estados liberales, Estados que quisieran ser Estados lo menos posible, solamente en América han existido: los Estados Unidos anteriores a Roosevelt. La historia de los Estados Unidos, convertidos en cien años en la nación más grande y más feliz del globo, le da al pensador la noción de la fuerza prodigiosa que constituye el individualismo.

Con alguna diferencia poco importante, es esto lo que afirma Rose Wilder Lane en su CREDO. ("The Saturday Evening Post", mayo de 1936).

* * *

El Hombre de las Catedrales, era este el apodo que se daba en París antes de la guerra a un tal Merovak, personaje extraño que pasaba la vida en las torres de las iglesias, dibujando.

Leo ahora que Merovak está vivo y que se ha convertido en apóstol de lo que él llama "la geografía so-

nóra", o sea, la descripción de los campanarios. Va de aldea en aldea, instalándose en una sala de escuela, o donde le den lugar, para hacer conferencias, con un pequeño aparato de proyección. Terminada la conferencia, recoge lo que quieran darle los espectadores y emigra para otra parte, "como las golondrinas que durante tantos años fueron sus compañeras de alturas".

* * *

Para ser un buen gobernante de tipo liberal, no se necesita más que energía y rectitud. Para ser un buen socialista, se requiere ese mismo temple de alma, más un talento de superhombre y un conocimiento de todas las cosas reales y posibles.

El hombre sinceramente honrado, comedido, temeroso de desencadenar tempestades y hacer daños que él no pueda contener o remediar, se ve naturalmente obligado a inclinarse hacia el gobierno liberal, sin hacer caso de la rechifla de los desequilibrados, con título de doctor o sin él, aun cuando ellos constituyan la mayoría influyente del momento.

* * *

El *Diario de Costa Rica*, nuestro colega, ¿se ha transformado poco a poco en el campeón de la locuacidad sin contenido? Véase como prueba el editorial del 29 de mayo. No le gustan las brújulas ni los principios. Prefiere el oportunismo. ¿Que sigamos como hemos venido, *al gareté!* ¿Con candelas a Nuestra Señora del Criterio Práctico, nos sobra para dar palos

de ciego a diestra y siniestra! Esto no nos impedirá de tener de tiempo en tiempo palabras de elogio para los hombres que han hecho algo en el mundo, sean del tipo de Galileo, del de Washington o del de Marx, todos hombres de principios.

Como consecuencia, haremos edificante vida de perpetuo arrepentimiento... O, más cómodo todavía: en vez del *Mea Culpa*, el "yo acuso": acusaremos al liberalismo.

* * *

Por regla general, un título constituye una *presunción de saber*; pero cuando su poseedor se sirve de él para firmar, constituye una presunción de petulancia. Por regla general también, solamente entre los médicos era corriente el cargar con esta segunda presunción. Ahora hay otro grupo de titulados que firman: "Bachiller Carrasco", y es el de los doctores en ciencias sociales o económicas. ¿Porque se creen médicos del Estado... o por hacerlo creer?

* * *

La Oficina de la Prensa georgiana nos dirige la siguiente comunicación, que no necesita de comentarios:

El 25 de febrero hizo quince años de la toma de Tiflis, capital de Georgia, por las tropas soviéticas; quince años de encontrarse el pueblo georgiano bajo el yugo extranjero, languideciendo los mejores de sus hijos en las cárceles o en las deportaciones. Durante estos tres lustros, más de veinte mil de sus hijos han muerto en la lucha por la independendencia.

Los sufrimientos de la nación continúan, su dolor no tiene límites, y en medio de este dolor los amos de la Unión soviética han juzgado bueno el celebrar ruidosamente el aniversario de la fecha que ellos llaman "de la liberación de Georgia".

El eco que esta fiesta ha encontrado en el exterior obliga a la Oficina de la Prensa georgiana a restablecer la verdad y recordar:

1º—Que la declaración de la independencia de Georgia data del 26 de mayo de 1918; que dicha declaración tradujo la voluntad unánime del pueblo georgiano y fue confirmada por la Asamblea Constituyente el 12 de marzo de 1919.

2º—Que el gobierno soviético reconoció esta independencia en el tratado concluido el 7 de marzo de 1920, y que se comprometió solemnemente a no mezclarse en los asuntos de Georgia.

3º—Que este tratado, el primero que el Gobierno soviético concluyera con un Estado extranjero, fue violado por el mismo gobierno, el cual, sin pretexto, ni declaración de guerra, lanzó sobre nuestro territorio sus tropas mandadas por el general Hecker, en estrecha colaboración con el ejército turco; y que la pacifista Georgia sucumbió bajo el golpe de dichas dos grandes potencias militares.

4º—Que el pueblo georgiano, para restablecer su independencia, se ha levantado varias veces —1922, 1923, 1924,— habiendo sido ahogados en sangre tales levantamientos.

5º—Que las Asambleas de la S. D. N., después de haber estudiado todos estos hechos, tomaron en 1922 y en 1924 resoluciones en favor de Georgia.

(*"La Tribune"*, Ginebra, 16 de abril de 1936).

* * *

Solo, solitario y soltero son tres formas de una misma palabra latina. Célibe es un término griego: es célibe quien se aparta o aleja del lecho. En la palabra soltero, la idea es de aislamiento; en la palabra célibe, la idea es de castidad.

Siendo el hombre por naturaleza un sér social, la soltería o el celibato, como quiera decirse, es un estado biológicamente anormal. Deliberadamente, nadie se queda soltero por puro gusto. Se necesita de veras ser muy mentecato para hablar de la soltería como de un pecado o de una falta ¿Es pena o recompensa, lo que merece una mujer que ha permanecido sola, privada de no menos de la mitad de las alegrías y satisfacciones de la vida, porque no ha habido quien solicite su mano, dignamente? ¿Es castigo o recompensa lo que corresponde a quien permanece soltero —hombre o mujer— en acatamiento de preceptos capitales de eugenesia? ¿Es castigo o recompensa lo que merece el soltero que se ha sacrificado por recto altruismo, convirtiéndose en sostén de los viejos padres, de las viejas tías y de todos los náufragos de la familia, cargando así con toda clase de culpas y desgracias ajenas?

¿Qué interés tiene el Estado en multiplicar los ma-

los matrimonios, ya demasiado numerosos? En un país pacífico como Costa Rica, ¿por qué copiar los absurdos códigos de pueblos que ante todo quieren aumentar su *carne para cañón*?

A la sociedad le conviene que haya solteros no aprisionados dentro del estrecho marco de los menesteres de un hogar. Estos solteros serán siempre una minoría; pero en ella está la fuerza más fecunda de beneficencia. Los impulsos o instintos humanos que hacen que el casado piense en los suyos —y así conviene que sea—, se transforman en el soltero en impulsos de filantropía general.

Al hacer las consideraciones anteriores, he apartado mi mente de aquellas personas llamadas solteras porque han hecho a un lado las prescripciones civiles o religiosas, pero que tienen en realidad esposas e hijos debidamente atendidos; y la he apartado también de aquellas opuestas personas inscritas como casadas, pero que no tienen hijos o los tienen abandonados, por incuria o por incapacidad.

* * *

En un artículo publicado en *La Nación* de Buenos Aires (marzo de 1936) y reproducido recientemente en *Repertorio Americano*, el distinguido escritor Pedro Henríquez Ureña le levanta dos falsos testimonios graves al insigne José Enrique Varona. Dice que Varona, desde que comenzó su madurez, se alejó paso a paso de todo positivismo; y dice que, en la vejez, fraternizaba sin esfuerzo con jóvenes socialistas consagra-

dos al bien de Cuba. Como ejemplo—o prueba—cita las palabras del maestro a propósito de un movimiento feminista que nada tiene que ver con el socialismo.

“¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!”

Para que el lector juzgue, le copio aquí, íntegras, tres de las reflexiones de Varona, tomadas del último de sus bellos libros, *Con el eslabón*:

I.—El individualismo constituye el nervio y la seguridad de las democracias. Pero esta doctrina se ha gastado, y se va deshilachando a vista de ojos. Corren vientos ahuracanados de socialismo y cesarismo todo junto.

II.—De todo se cansa el hombre, hasta de la libertad. Y los pueblos son el hombre elevado a la quinta potencia. Consolémonos pensando que ya volverán a cansarse de la sujeción.

III.—Ni los cañones monstruos, ni los zepelines tonantes, ni los submarinos diabólicos me inspiran el horror de las teorías estatistas, lanzadas como gases asfixiantes sobre las conciencias.

* * *

Ahora sabemos, mejor que antes, que el asqueroso capital debe ser llamado el divino capital. Sin él, no hay ciencias ni artes. Sin él, no hay estudios desinteresados, por los cuales se realizan todos los mejoramientos. ¿Si todos los médicos están obligados a ganarse la vida de un modo inmediato, quién hará las investigaciones de laboratorio? Y en la misma medida que el capital, se debilitan las clases medias, que son

el más sólido soporte de la civilización, porque de ellas salen, sin cesar, los talentos. La civilización romana retrocedió con la ruina de la burguesía municipal y se refugió durante mucho tiempo en los monasterios, porque, en los tiempos de pobreza, los únicos hombres que pueden entregarse al trabajo que no produce dinero, son los que no tienen ni mujer ni hijos y están al margen de la vida material porque se han desprendido de los bienes de este mundo.

Jacques Bainville

* * *

En su número correspondiente a este mes de junio, *The Reader's Digest* trae el extracto de un artículo de A. E. Wiggam relativo al horario de las comidas. Véanse las conclusiones:

1ª—No se fíe de su estómago para saber si Ud. necesita o no de alimento. El apetito no es un consejero seguro.

2ª—No se preocupe Ud. con la idea de que su tubo digestivo necesita descanso. Este tubo trabaja en general mejor cuando está moderadamente lleno que cuando está vacío.

31.—Mientras no esté Ud. particularmente enfermo, *cóma* cuantas veces se sienta cansado o sin fuerzas.

4ª—Suponiendo que Ud. conozca la ración alimenticia que le conviene por día, es preferible consumir tal ración en cinco tiempos que en dos. En otras palabras: multiplique Ud. sus horas de comida.

*Abdicar del individualismo
en este instante del mundo,
sería para un espíritu lúcido,
un acto de dimisión; mejor
dicho, un suicidio.*

GEORGE DUHAMEL

IMP. BORRASE HNOS.
SAN JOSE, COSTA RICA
